

OPINIÓN

HEIDEGGER Y *LOS MANAGERS*: COMENTARIOS AL PENSAMIENTO DE FERNANDO FLORES

Eduardo Sabrovsky J.*

Este artículo se propone entregar una interpretación de la trayectoria intelectual de Fernando Flores (ex ministro de Economía y Hacienda del gobierno de Salvador Allende, actual presidente de la empresa Action Technologies en los EE.UU.), desde su suelo originario en la problemática de las *management sciences* y la automatización de oficinas, pasando por su crítica neoheideggeriana al paradigma racionalista vigente en estas disciplinas, hasta su proposición de un nuevo paradigma, centrado en las conversaciones para la acción y en un nuevo tipo de herramientas computacionales, los "coordinadores". Se presta particular atención a la crítica, basada en la filosofía de Heidegger, de los supuestos racionalistas (cuyas raíces inmediatas se encuentran en el positivismo lógico), de la noción que sirve como idea-fuerza al desarrollo de la tecnología computacional, la de Inteligencia Artificial (IA). Se describen también los quiebres que, más allá de sus éxitos en el plano netamente tecnológico, está experimentando el programa de investigaciones en IA, y que son el trasfondo del surgimiento de esta crítica en los medios académicos y empresariales norteamericanos en los cuales F. Flores está inserto. Finalmente se presta atención a ciertas líneas que a nuestro juicio se desprenden de su propuesta neoheideggeriana, pero cuyo punto de llegada no está ya en las *management sciences*, sino más bien en la filosofía política, pensando a través de ellas la problemática de modernización vs. humanismo presente en nuestra historia.

* Licenciado en Filosofía, Pontificia Universidad Católica de Chile; Consultor en Sistemas de Información. Editor de *Apsi-Computación*.

Introducción

En conversaciones de sobremesa y reuniones de directorio, en seminarios, aulas universitarias, centros de investigación y *thinktanks* ligados a la política y la cultura, el nombre de Fernando Flores (ex ministro de Economía y Hacienda del gobierno de Salvador Allende, actual presidente de la empresa Action Technologies en los EE.UU.), es mencionado con frecuencia hoy en nuestro país. Se discuten su personalidad, su trayectoria académica y política, sus éxitos como empresario e intelectual en los EE.UU., su peculiar enfoque filosófico heideggeriano para los problemas de la automatización de oficinas, plasmado en su propuesta de "una metafísica descriptiva del *management*"; no son raros tampoco los intentos por extraer de sus ideas rendimientos para las esferas de la vida política, personal, etc.

Esta influencia, ejercida a la distancia a través de los seminarios "Comunicación para la acción" que se efectúan periódicamente en Chile (así como en los EE.UU. y otros países) y en los cuales se difunde su pensamiento, no debiera sino incrementarse en el futuro, particularmente debido al carácter de experiencia iniciática que los seminarios asumen para muchos de sus asistentes. Y más allá de aspectos anecdóticos, nos parece posible establecer una correspondencia entre el pensamiento de F. Flores y las conversiones que suscita: estamos frente a una propuesta de síntesis, de superación de fracturas tanto en el plano cultural en sentido amplio, como en el de nuestra propia historia. En efecto, junto a Heidegger, Flores rechaza las dicotomías racionalistas que separan al lenguaje —en el cual ven una pura representación de un mundo "objetivo"— de la acción, y oponen a "las cosas" un sujeto meramente pasivo, cognoscente. Y también junto a Heidegger, plantea la superación de esta fractura en la unidad originaria del ser-en-el-mundo, el *Dasein* heideggeriano, del cual la oposición sujeto/objeto no es más que una cristalización cuyo signo es la inautenticidad, producida por un quiebre de fluir de la "danza" del *Dasein*. A diferencia de Heidegger, sin embargo, para quien la esfera auténtica del *Dasein* era más bien territorio reservado al filósofo y al héroe, Flores tiene los pies bien puestos en el mundo del trabajo y de la técnica (que en Heidegger corresponden más bien al ámbito degradado de lo óntico, de lo inauténtico), y desde allí puede lanzar lo que podríamos caracterizar como un heideggerianismo no elitista, "de masas", caracterizado por la propuesta de un "escuchar", sensible a las formas cosificadas que se alojan en nuestro lenguaje ordi-

nario. Digamos también que, como lo anunciábamos más arriba, la síntesis alcanza también a las fracturas de nuestra propia historia. Aunque en este aspecto no haya (al menos no hasta donde sabemos) declaraciones explícitas de Flores, podemos afirmar sí que hay un cierto escuchar colectivo, que es parte también del fenómeno que discierne en su propuesta, e incluso en su propia trayectoria vital, un punto de encuentro, de reconciliación de las tendencias —modernización vs. humanismo, revolución sonora o silenciosa— que conforman el gran nudo aporético de nuestra convivencia social. Más adelante volveremos a estas cuestiones.

En este artículo nos proponemos ofrecer una interpretación del aporte teórico de Fernando Flores estableciendo, desde nuestro propio punto de vista, cuál es el suelo de problemas que le da origen, y cuáles las perspectivas e interrogantes que plantea.¹

Algunos Antecedentes Biográficos

Nos parece importante partir por caracterizar el suelo de problemas en el cual se sitúa Fernando Flores, puesto que allí es donde su empresa teórica adquiere plenamente sentido.² Este suelo está conformado por los problemas de la gestión, de lo que genéricamente se denomina el *management*, a los cuales se aproxima inicialmente desde la perspectiva de la ingeniería industrial. Lo peculiar es que, al menos en una primera etapa, hasta su

¹ Está de más quizás decir que si bien compartimos algunos tópicos del pensamiento de Fernando Flores —entre otros, la crítica del racionalismo y de las pretensiones, como veremos, de la "razón artificial"— la nuestra es, inevitablemente, una lectura sesgada a partir de intereses teóricos propios, de nuestra trayectoria vital y de lecturas. Por tanto, no aspiramos a que la nuestra sea una interpretación "correcta".

² Los datos biográficos de Fernando Flores han sido extraídos de diversas fuentes: un curriculum ("Profile: Dr. Fernando Flores, Chairman of the Board, Action Technologies. Inc.") distribuido por su empresa en los EE.UU.; los Prólogos de su tesis doctoral. "Management and Communication in the Office of the Future", Universidad de California. Berkeley, 1981, y del libro escrito conjuntamente con Terry Winograd "Understanding Computers and Cognition" (Ablex Publishing Corp., 1986). Tanto este libro como la tesis doctoral son además las fuentes principales en que nos hemos apoyado para desarrollar este artículo.

partida a los EE.UU. en agosto de 1976, su trabajo en ese campo se liga a situaciones reconocibles de nuestra historia inmediata. Así, como ministro, le correspondió impulsar el proyecto Cybersyn, el cual, inspirado en las ideas del cibernético británico Stafford Beer, proponía establecer una gestión descentralizada para las empresas del sector estatal de la economía, sobre la base de indicadores asociados a los diversos niveles de la actividad económica (por ejemplo, una empresa minera y las diversas faenas que la componen), y cuya desviación de cierta franja de valores considerados normales hacía asumir el control al nivel inmediatamente superior, en un sistema de gestión por excepción inspirado en un modelo cibernético del sistema nervioso.

Por razones por todos conocidas, el proyecto Cybersyn quedó inconcluso. Fernando Flores pasó tres años aproximadamente como prisionero político; allí, entre otras cosas, logró familiarizarse con el trabajo de los científicos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela, quienes, desde el terreno de la biología, han propuesto una teoría del lenguaje y del conocimiento, alternativa al modelo objeto-representación. El trabajo de Maturana y Varela enfatiza el rol activo del sujeto en la creación de los dominios fenoménicos que conforman su mundo, en vez de limitarse a sólo "representarlo".

El paso por la biología parece haber sido decisivo para sensibilizar a Flores respecto a las limitaciones del paradigma racionalista, preparando su evolución posterior; así, según lo expresa en el Prefacio de su tesis doctoral, "sin esa interpretación biológica me habría sido muy difícil ser receptivo a la experiencia hermenéutica y a la analítica del *Dasein* desarrollada por Heidegger en "Ser y Tiempo". Fue este trasfondo con su nueva comprensión del lenguaje y la experiencia que me condujo al interés por Heidegger".³

La inserción de Fernando Flores en la Costa Oeste de los EE.UU. coincide con el desarrollo de un vasto debate en los medios académicos, que pone en cuestión el paradigma vigente en los campos, estrechamente relacionados, de las *management sciences* y de la automatización de oficinas. En este debate interviene Fernando Flores, y su aporte consiste precisamente en proponer un paradigma alternativo, centrado en la idea de las "conversaciones para la acción". Veamos esto en detalle.

³ "Management and Communication in the Office of the Future", *op. cit.*

Nuestra explicación puede ser más clara y concisa si nos circunscribimos a uno de estos campos, el de la automatización de oficinas, y luego extendemos nuestras conclusiones hacia las *management sciences*. Por cierto, la automatización de oficinas no es una disciplina autónoma, sino más bien la aplicación de la tecnología computacional a un dominio de problemas específicos. A su vez, el discurso en ciencias de la computación se encuentra presidido, desde sus orígenes, por la idea-fuerza de la Inteligencia Artificial (IA). Allí es donde centraremos nuestro análisis.

Una Crítica de la Razón Mecánica

Se puede considerar que fue el matemático inglés Alan Turing quien estableció el basamento teórico de las ciencias de la computación. Con la idea de una "máquina universal" (la célebre "máquina de Turing"), capaz de emular el comportamiento de cualquier mecanismo, Turing formalizó los principios de lo que podríamos denominar "razón mecánica". En él se encuentra presente ya la idea de que esta razón puede, de alguna manera, agotar el campo completo de la razón humana, de modo tal que el comportamiento inteligente quede representado por un *software* adecuado, ejecutado por la máquina universal. En un artículo famoso publicado en *Mind* en 1950, Turing decía: "Al considerar las funciones de la mente o del cerebro encontramos ciertas operaciones que podemos explicar en términos puramente mecánicos. Esto, decimos, no corresponde a la mente real: es una suerte de piel que debemos remover antes de encontrar la mente real. Pero en lo que resta encontramos otra piel a ser removida, y así sucesivamente. Al proceder de esta manera, ¿llegamos alguna vez a la mente 'real', o eventualmente llegamos a una piel tras la cual no hay ya nada?".⁴

Por cierto, la respuesta de Turing a esta pregunta es afirmativa: no hay un resto en la "mente real" que se rehuse a ser reducido a "términos puramente mecánicos", aunque este proceso de reducción experimente dificultades debidas al estado de la tecnología, o incluso aunque nunca pueda ser cumplido en su

⁴ A.M. Turing. "Computing Machinery and Intelligence", "Mind". Vol LIX, N° 236, 1950. Para una excelente biografía intelectual de Turing, véase Andrew Hodges, "Alan Turing. The Enigma of Intelligence", (Londres: Unwin Paperbacks, 1985).

totalidad, permanece como un fin, como un *telos* indiscutible que otorga sentido a todo el programa de investigación.

La formulación explícita de un programa de investigaciones en Inteligencia Artificial se remonta en todo caso a la década de los '50. Aún en 1982, sus promesas parecían estar al borde de la realización. Un autor especializado, como Robert Jastrow, escribía entonces: "En cinco o seis años —para alrededor de 1988- cerebros portátiles, cuasi-humanos, hechos de silicona o de arsénico de galio, serán corrientes. Serán una raza electrónica inteligente, trabajando como aliados de la raza humana. Llevaremos estas pequeñas creaturas con nosotros a todos lados... personalidades brillantes pero agradables, nunca sarcásticas, siempre dando la respuesta correcta —pequeños amigos electrónicos que pueden resolver todos nuestros problemas".⁵

Ciertamente, la existencia de computadores personales portátiles, en este año de gracia de 1988, no hace más que poner de manifiesto la extravagancia de las expectativas de Jastrow. Sin embargo, más allá de las extravagancias, el hecho es que el programa de investigación en IA ha fracasado reiteradamente, en cuanto a cumplir las propias expectativas que él mismo ha creado, en la dirección definida ya por Turing. Así por ejemplo, dos de las áreas más importantes, la simulación cognitiva y el modelamiento computacional del lenguaje natural, han dado lugar a "sistemas expertos" y a la posibilidad de utilizar "dialectos" de algunos miles de palabras para interactuar con equipos en ámbitos bien definidos, pero nada que justifique las expectativas de reproducir mecánicamente el comportamiento inteligente humano, por más que estas expectativas se encuentren presentes incluso en los títulos rimbombantes de ciertos programas desarrollados por los investigadores en IA.⁶

Este desequilibrio entre logros y expectativas constituye el quiebre que da lugar al debate académico acerca de los supuestos del programa de investigaciones en IA al que hemos hecho

⁵ Jastrow, "The Thinking Computer". Citado por Fernando Flores y Terry Winograd en "Understanding Computers...", *op. cit.*

⁶ Nos referimos a programas como GPS (General Problem Solver) de Newell, Shaw y Simon, o STUDENT, el programa de Daniel Bobrow, del cual se dijo en su momento que era capaz de "entender el idioma inglés" (Minsky, M, "Artificial Intelligence", Scientific American, Vol 215 N° 3, septiembre 1966). Esta inflación terminológica ha sido denunciada originalmente por el filósofo Hubert Dreyfus, a quien nos referiremos más adelante.

mención más arriba. Por cierto, el debate no pretende poner en cuestión la utilidad de las herramientas desarrolladas bajo el rótulo de la IA, sino el discurso al interior del cual son articuladas. Pero de allí surge también la pregunta, relevante para el propio desarrollo tecnológico, de si acaso no se abrirían más oportunidades viendo en los productos de la tecnología computacional "solamente" herramientas útiles, antes que etapas hacia el cumplimiento de un objetivo —la inteligencia artificial— cuyo sesgo ideológico es cada vez más evidente. Como lo expresan Winograd y Flores, "Estos objetivos grandiosos, entonces, no serán alcanzados, pero habrá derivaciones útiles. En el largo plazo, las aspiraciones de lograr sistemas computacionales genuinamente inteligentes... no serán un factor principal para el desarrollo tecnológico. Están demasiado enraizadas en la tradición racionalista y son demasiado dependientes de sus presupuestos en cuanto a la inteligencia, el lenguaje y la formalización".

Al producirse el quiebre, los supuestos filosóficos implícitos en el programa de IA, que hasta entonces permanecían ocultos en un trasfondo de obviedad, comparecen. Este develamiento es particularmente embarazoso, si se tiene en cuenta que la tradición intelectual (el positivismo lógico) en la cual este programa se ubica pretendió deshacerse de la filosofía, traduciendo su problemática en términos científicos, y proclamando a la vez la carencia de sentido de los fragmentos del discurso filosófico —aquellas proposiciones portadoras de juicios de valor-refractarios a este procedimiento. Pero la hora del ajuste de cuentas de la IA para con la filosofía parece haber sonado.

La Tradición Racionalista

En efecto, la tradición racionalista, particularmente desde Descartes en adelante, se caracteriza por establecer un abismo entre el sujeto y el mundo; de allí en adelante la gran cuestión de la filosofía moderna ("el negocio de los filósofos") consistirá en administrar la escisión que ella misma ha prescrito, sea para declararla insuperable (el solipsismo), o para organizar diferentes operaciones de restablecimiento de la unidad perdida (empirismo, idealismo, filosofía trascendental). Más precisamente, estas operaciones pueden tomar como punto de apoyo el mundo (la razón teórica, la teoría del conocimiento como garante de la correspondencia entre nuestras representaciones y el mundo), o la subjetividad (la razón práctica, la ética, dando cuenta de la acción

humana, de una cierta "causalidad" ejercida por nuestra voluntad sobre el mundo). Surgen, entonces, dos dominios discursivos: el discurso cognitivo, sometido a la legislación del entendimiento, y el discurso ético, cuya legislación proviene de la voluntad.

La filosofía kantiana, dentro de esta estructura, puede ser entendida como el proyecto de una cierta "paz perpetua" filosófica, en la cual los derechos de ambos dominios sean reconocidos; en contraste, el positivismo lógico del siglo XX es una suerte de ala radical de la filosofía moderna, un racionalismo salvaje que privilegia el discurso cognitivo, y relega al sinsentido y al silencio a todas las proposiciones que, al no ajustarse a su legislación no pueden ser reducidas a representaciones de una realidad objetiva de alguna manera preexistente. Esta es el gesto que tiene su expresión más elocuente en el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein" y su célebre "De lo que no se puede hablar, mejor es callarse".⁷

El positivismo lógico ha reducido el discurso racional a una combinatoria lógico-formal de elementos simples, que puede, por tanto, ser ejecutada por una máquina universal de Turing. Este gesto, esta decisión, constituye el trasfondo de obvedad del programa de investigaciones en IA: si él puede ponerse como objetivo la construcción de una máquina inteligente (aunque sólo sea como ideal susceptible de aproximación asintótica), ello es porque previamente ha reducido la inteligencia a una máquina.

⁷ *Tractatus Logico-Philosophicus*, aforismo 7. Sin embargo ya el *Tractatus* contiene una cierta superación del positivismo lógico en la dirección ami-racionalista de la obra tardía de Wittgenstein (las "Investigaciones Filosóficas"), puesta de manifiesto en la proclamación de la carencia de sentido del propio discurso filosófico, y en el carácter desgarrado del silencio wittgensteinino, que contrasta con el silencio satisfecho del positivismo lógico. Como dirá el amigo de Wittgenstein, Paul Engelmann, "El [Wittgenstein] traza la línea entre aquello de lo cual podemos hablar y aquello acerca de lo cual debemos guardar silencio del mismo modo como ellos lo hacen [los positivistas lógicos]. La diferencia es solamente que ello no tienen nada respecto a lo cual guardar silencio. El positivismo sostiene —y esta es su esencia— que lo único que importa en la vida es aquello de lo cual podemos hablar. En cambio, Wittgenstein cree apasionadamente que todo lo que realmente importa en la vida es, precisamente, aquello acerca de lo cual, desde su perspectiva, debemos guardar silencio". "Letters from Wittgenstein" (Oxford: B.F. McGuinness, 1976), p. 97.

Heidegger y la Prioridad de la Acción

Ante el quiebre experimentado por este programa no es raro, pero sí profundamente irónico y sugerente, que un filósofo como Heidegger recobre actualidad. En efecto, la filosofía heideggeriana fue, en las primeras décadas de este siglo, junto a la fenomenología de Husserl y el marxismo neohegeliano de Lukacs, una de las componentes principales de la reacción al positivismo desencadenada en los ambientes filosóficos "continentales", en los cuales venía conquistando la hegemonía intelectual desde la segunda mitad del siglo XIX. Ya hemos mencionado el estatuto de inautenticidad que Heidegger asignó a las ciencias positivas y a la tecnología; agreguemos ahora que esta suerte de censura le fue retribuida con creces por los positivistas lógicos, para los cuales Heidegger representó la proverbial *bête noir*, un objeto de escarnio: "la nada nada", parodiaba el neopositivista Rudolf Carnap.

Resulta entonces paradójal que, en la propuesta de Flores, sea la filosofía de Heidegger la encargada de establecer un paradigma de recambio para el desarrollo de las ciencias de la computación; lo que la paradoja revela es que, de alguna manera, la crítica a los supuestos de la IA se encontraba prefigurada ya en Heidegger. El mérito de haber puesto la carga antipositivista del pensamiento heideggeriano al servicio de esta crítica recae principalmente en un filósofo de Berkeley, Hubert Dreyfus, quien la inició con su célebre *What Computers Can't Do* editado originalmente en 1972.⁸ Para Heidegger, la separación entre sujeto y objeto, entre datos positivos y juicios de valor, es sólo un momento secundario de nuestro *Dasein*, de nuestro *ser-en-el-mundo*: primariamente, existimos en un continuo de acciones imbricadas indiscerniblemente con nuestro lenguaje; no nos relacionamos con el mundo como sujetos de alguna manera enfrentados a él, sino estamos en una posición de inmediatez, que Heidegger expresa mediante la imagen de la *Zuhandenheit*, que evoca la idea de la manipulabilidad, de lo que está a la mano. La oposición sujeto-objeto, en cambio, surge como producto de un quiebre. En ese momento se establece una distancia, expresada en la imagen de la *Vorhandenheit*, "lo que está lejos de la mano", recién entonces hay sujeto, objeto, representaciones, decisiones, etc. El ejemplo clásico heideggeriano, retomado por Winograd y Flores, es el del

⁸ H. Dreyfus, "What Computers Can't Do" (Harper Colophon Books 1972. Edición revisada, 1979).

martillar: "Para la persona que está martillando, el martillo como tal no existe. Es parte del trasfondo de lo que está al alcance de la mano [*Zuhandenheit*] que se toma como dado sin reconocimiento explícito o identificación como objeto. Es parte del mundo de quien martilla, pero no está presente, no más de lo que lo están los tendones de su mano. El martillo se hace presente como martillo sólo cuando ocurre algún quiebre o distanciamiento [*Vorhandenheit*]. Su 'martillidad' emerge cuando se rompe o se escapa o marra la madera, o si hay un clavo a ser colocado y el martillo no puede ser hallado... Como observadores, podemos hablar acerca del martillo y reflexionar sobre sus propiedades, pero para la persona comprometida, arrojada al martillar sin perturbaciones, no existe como entidad".⁹

La prioridad de la acción, ejecutada en trasfondos de obviedad en los cuales estamos siempre inmersos, y que por tanto no pueden nunca ser explicitados totalmente, hace imposible que el comportamiento y el lenguaje humanos sean traducidos a reglas formales. De allí que las expectativas de la IA estén condenadas al fracaso. Por cierto, el obstáculo no es sobrenatural, sino que surge de nuestra propia naturaleza como seres sociales, históricos, situados al interior de un mundo y de una tradición.

La Apertura de una "Caja Negra": un Nuevo Paradigma para las *Management Sciences*

Hasta aquí podría parecer que el aporte de este Heidegger redivivo se agotara en la crítica del paradigma vigente. Y aquí justamente es donde Flores toma el relevo de Dreyfus, y hace su aporte específico. En efecto, Flores detecta la presencia del mismo paradigma racionalista en las *management sciences*. Aquí se expresa en la "teoría de las decisiones", para la cual el núcleo de la actividad de los *managers* consiste en elegir racionalmente (por ejemplo, mediante la aplicación de un algoritmo matemático) alternativas óptimas en un espacio de posibilidades que, de alguna manera, se presenta como dado. El sesgo de esta teoría se transmite hacia las estrategias de automatización de oficinas, las cuales privilegian la entrega a los *managers* de herramientas que los apoyan en tal toma racional de decisiones.

Para Flores, en cambio, la teoría de las decisiones adolece de una severa ceguera ante lo que constituye el núcleo real la

⁹ "Understanding Computers and Cognition", *op. cit.*, pág. 30.

actividad de los *managers* y el trabajo de oficina en general, de manera tal que las herramientas computacionales inspiradas en ella lo tocan sólo de una manera periférica: a la hora de la verdad, "las secretarías son mucho más importantes que cualquier herramienta computacional de uso generalizado", y es entonces cuando "la caja negra del arte del *management* hace su aparición".¹⁰ Desde una perspectiva heideggeriana, en cambio, esta caja negra pierde su opacidad. Lo que los *managers* hacen durante la mayor parte de su tiempo es sostener conversaciones: este carácter lingüístico del *management* no es un defecto, ni un mal menor o una pérdida de tiempo que habría que minimizar en provecho de la aureola de seriedad científica que rodea a la "toma de decisiones", por el contrario, dicho carácter es constitutivo, "ontológico" en el léxico heideggeriano de Flores. En las conversaciones, el lenguaje no se limita a registrar e inventariar alternativas entre las cuales habría que decidir; por el contrario, la conversaciones del *manager* son fundamentalmente "conversaciones para la acción" a través de las cuales intercambia compromisos de modo tal que, en rigor, nuevas realidades van siendo creadas incesantemente. Siempre se presentan quiebres, que el *manager* resuelve o anticipa lingüísticamente; por intermedio de los quiebres, los trasfondos de obriedad y las cegueras que prescriben se hacen explícitos, y es entonces cuando la organización tiene oportunidad de innovar. Por último, el diseño es un discurso que, aun reconociendo el carácter constitutivo que presentan los quiebres, pretende de alguna manera anticiparlos.

A partir de la taxonomía de los "actos de lenguaje" desarrollada por los filósofos J. L. Austin y J. Searle¹¹, Flores propone un modelo formal para las comunicaciones para la acción. En la medida en que es formal, es también susceptible de ser traducido a un programa de computación. Este programa es "El Coordinador", que funciona en redes de computadores personales y se comercializa con éxito en los EE.UU. y otros países.

¹⁰ F. Flores y Ch. Bell, "A new understanding of managerial work improves system design", *Computer Technology Review*, (Fall 1984), 179-183.

Las obras "clásicas" para la teoría de los "actos del lenguaje" son: J.L. Austin, *How to Do Things with Words* (Harvard University Press, 1962; J. Searle); "Speech Acts" (Cambridge University Press, 1969). De este último hay traducción española, "Actos de habla" (Ed. Cátedra, Colección Teorema, Serie Mayor).

"El Coordinador" pretende asistir a los *managers* precisamente en aquel núcleo conversacional de su actividad, para el cual las herramientas inspiradas en la tradición racionalista de la teoría de la decisión son ciegas.

La descripción de "El Coordinador" escapa a los objetivos de este artículo (ver Anexo). Por lo demás, al formalizar las "conversaciones para la acción", Flores ha cerrado el círculo, y está de vuelta al dominio de la dicotomía sujeto-objeto y la *Vorhandenheit* heideggeriana, donde es posible desprender ciertas conversaciones de su contexto más amplio, y contemplarlas como objeto. Por cierto, esto no es un defecto, sino que corresponde al suelo en el cual la reflexión de Flores, como hemos dicho en la Introducción, cobra sentido: él parte de la problemática de las *management sciences*, y retorna a ellas después de su periplo heideggeriano. Por otra parte, con ello se mantiene fiel a su interpretación de Heidegger, que evita hacer de la *Vorhandenheit* un dominio de cierta manera degradado frente a la autenticidad asociada a la *Zuhandenheit*. El modelo formal de las conversaciones para la acción tiende, como cualquier otro de su género, a privilegiar ciertas distinciones y a ser ciego frente a otras: así, las conversaciones informales (las que se sostienen al almuerzo, o compartiendo un asado en un día de vacaciones) quedan fuera del modelo; lo mismo ocurre con aquellas conversaciones que no pretenden desencadenar acciones sino, por ejemplo, cimentar determinadas relaciones de poder. Por cierto, Flores es consciente de estas limitaciones cuando, junto a Winograd, afirma: "El lenguaje no puede ser reducido a una representación de actos de lenguaje. El coordinador tiene que ver con una de las dimensiones de la estructura del lenguaje —una que es sistemática y crucial— para la coordinación de la acción, pero que es parte del dominio más amplio, y siempre abierto en último término, de la interpretación".¹²

¹² *Op. cit.*, pp. 161-162. Llama sin embargo la atención, en un pasaje sólo dos páginas más atrás, una afirmación que podría interpretarse como una recaída en la pretensión de reducir el lenguaje a una cierta esencia: "La reglas de la conversación no son convenciones arbitrarias como las reglas del ajedrez, sino que reflejan la naturaleza básica del lenguaje y la acción humanos." (pág. 158). Por cierto, el contexto revela que se está utilizando la idea de una "naturaleza básica" del lenguaje para contraponerla al convencionalismo, lo cual relativiza el *lapsus*.

Conclusión: Cambio, Modernización y Humanismo

Hemos dicho que aquí, con la vuelta al terreno de las *management sciences*, se cierra el círculo descrito por el pensamiento de Fernando Flores. Pero en rigor hay otro estrato de su propuesta teórica que excede los problemas del *management*, y permanece por tanto siempre abierto. En este estrato se ubica, por ejemplo, la incitación a una suerte de terapia del lenguaje ordinario que caracteriza a los seminarios mencionados en nuestra introducción. En los trabajos de Flores que hemos consultado este estrato sólo aparece como punto de partida, cuando se trata de hacer la crítica al racionalismo que concluye en la proposición del nuevo paradigma para las *management sciences*. En esta conclusión quisiéramos dejar registradas brevemente algunas resonancias que este estrato despierta en nosotros, y cuyo punto de llegada se ubica más bien en el terreno de la filosofía política. Específicamente, queremos referirnos al marco teórico para pensar el cambio social, histórico, y la resolución de la ecuación modernización-humanismo anunciada más arriba.

Nos interesa particularmente el reciclaje de Heidegger que Flores opera, junto a sus maestros de Berkeley, y que nos ha llevado a formular la conjetura —sin duda irreverente— de un cierto "heideggerianismo de masas" que estaría latente allí. También más arriba hemos insinuado un paralelo entre Lukacs y Heidegger como protagonistas, en sus respectivas tradiciones, de la reacción antipositivista a comienzos de siglo.

La idea insólita de este paralelo proviene del filósofo francés Lucien Goldmann, quien hizo un desarrollo brillante de ella en conferencias dictadas poco antes de su muerte, en 1970.¹³ No podemos entrar aquí en detalle acerca de cuestiones que sin duda son enormemente complejas. Digamos solamente que, en su núcleo, el eslabón perdido que Goldmann exhuma entre el existencialismo heideggeriano y el marxismo hegeliano de Lukacs es lo que podríamos llamar (aunque Goldmann no use esta terminología) una cierta "teoría del cambio".

En efecto, ¿cuál es la objeción que puede hacerse al positivismo?; ¿qué hay de malo, en otras palabras, en ser positivista? La respuesta es que el positivismo, al privilegiar al sujeto cognoscente, pasivo, adolece de una ceguera frente a la dimensión

¹³ Hay edición en castellano: "Lukacs y Heidegger: Hacia una filosofía nueva". (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1975).

activa del comportamiento humano. Esta ceguera, por lo demás, es común a la tradición "racionalista en la cual está inserto; ésta, incluso en sus momentos de mayor sensibilidad frente a la problemática de las praxis (la razón práctica de Kant) no logra trasponer el abismo abierto entre el sujeto y el mundo; así, la crítica hegeliana a la *Moralität* kantiana le reprocha, con justeza, su abstracción.

Pensar la acción humana en el mundo es también pensar el cambio operado por el hombre sobre su entorno natural, social, histórico. El dualismo sujeto/objeto del racionalismo, sin embargo, no es una invención arbitraria, sino que hay instancias en las cuales está siendo constantemente reproducido. Una filosofía que se proponga ser sensible ante el cambio debe, por tanto, partir por identificar dichas instancias y establecer el modo de su disolución. Hasta aquí Lukacs y Heidegger han estado de acuerdo, pero en adelante diferirán de modo más bien radical. Para el primero, la ilusión de que el mundo es un espectáculo cuya contemplación se ofrece al sujeto, es el resultado de un proceso histórico de *Gasificación*, el cual, comenzando por la división social del trabajo, da origen a una creciente pérdida de transparencia de las relaciones sociales, de modo tal que ellas aparecen como propiedades de cosas, y no como producto de la actividad de los sujetos. Para Heidegger, en cambio, los momentos en que el mundo aparece como dado, como *Vorhanden*, son ontológicamente recurrentes, en la medida en que nuestro fluir en el mundo como *Zuhanden* es interrumpido incesantemente por quiebres.

La historia lukacsiana, entonces, es un sostenido *progressus* en la cosificación, hasta que la tensión sujeto-objeto devenga insoportable. Entonces la intervención de un sujeto colectivo, dotado de una misión universal (el proletariado), disolverá el gran nudo de la historia y hará posible el cambio y la reconciliación. En Heidegger, en cambio, los núcleos de cosificación (si nos tomamos la licencia de traducir así la *Vorhandenheit*) se están disolviendo y reconstituyendo permanentemente. En una imagen, podríamos decir que el mundo heideggeriano es una superficie en movimiento, un mar agitado; en el de Lukacs, en cambio, las perturbaciones se distribuyen en torno a un eje, un vector dotado de dirección.

¿Quién tiene la razón, Lukacs o Heidegger? ¿Cuál de las dos teorías rivales del cambio es la verdadera? Para Heidegger (quien, según Goldmann, habría tenido a Lukacs como velado interlocutor en "Ser y Tiempo"), la cosificación lukacsiana pertenecería aún al dominio de lo óntico, de la separación sujeto/

objeto, adoleciendo de una insuficiencia en el terreno de la crítica del lenguaje. Por su parte Goldmann, asumiendo la causa de Lukacs, critica en Heidegger su elitismo, el privilegio acordado por su filosofía al héroe, al individuo creador que en el aislamiento deviene auténtico, su ceguera ante el protagonismo histórico de sujetos colectivos compuestos de hombres ordinarios. Nosotros, intentando mediar, diríamos a la distancia que hay aquí quizás una antinomia, en la cual ambos contendientes tienen la razón, sólo que en dominios diversos. En efecto, Lukacs tiene el oído puesto en las grandes contiendas históricas, pero es sordo ante las posibilidades de cambio en la esfera microsocial. Por su parte, la sensibilidad heideggeriana está orientada hacia los microcambios, pero los fenómenos macrohistóricos quedan fuera de su horizonte.

Por cierto, como el propio Goldmann lo pone en evidencia, subyace a la vertiente lukacsiana de la teoría del cambio el supuesto de su sujeto colectivo el cual, en la medida en que concentra en sí mismo todo el desgarramiento de la cosificación, es capaz también de ponerle fin. Pero el proletariado de Europa Occidental no estuvo a la altura del mandato hegeliano que Lukacs le atribuyó; su rol de sujeto debió ser transferido vicariamente a la burocracia estaliniana, y la propia trayectoria intelectual de Lukacs, después de "Historia y conciencia de clase", no es más que una parábola de esta transferencia. Y en el caso de Heidegger, la raíz de su adhesión al nazismo puede rastrearse hasta su intento de intervenir en la esfera de política premunido de un pensamiento que menosprecia la experiencia cotidiana por su carácter *Vorhanden*, y está forzado por tanto a interpretar la acción política como la fuga protagonizada por el héroe, al ámbito puro de la autenticidad, la *Zunhandenheit*.

Estalinismo y nazismo parecen encontrarse al final del camino de la teoría del cambio contemporánea. ¿Hay que aceptar entonces la derrota, y replegarse a un positivismo bien pensante? La versión de Heidegger que nos entregan F. Flores y sus maestros de Berkeley parece ofrecer una salida. En efecto, como hemos dicho más arriba, este neoheideggerianismo ha sido depurado de la componente elitista; el héroe de Heidegger ha sido sustituido por un *manager* algo prosaico, bien instalado en la vida empírica. Los sensores de esta nueva teoría son particularmente resonantes ante los fenómenos de microcambio, ante las oportunidades de articular mundos renovados que ofrecen los quiebres de la vida cotidiana. Y en especial, dado el suelo del cual se nutre esta reflexión, hay en ella una sensibilidad especial hacia la tecnología contemporánea, como un ámbito privilegiado en el

cual la innovación, los quiebres y las oportunidades se reproducen con ritmo acelerado.¹⁴

Es aquí donde los ecos que despierta la propuesta neo-heideggeriana de Fernando Flores salen al encuentro de nuestra historia colectiva, sugiriendo un marco al interior del cual sea quizás posible articular las demandas de modernización y humanismo que emanan de nuestra sociedad. Entre ambas, sin embargo, se ha abierto un abismo; así, mientras se formulan proyectos de modernización deshumanizados y excluyentes, el humanismo parece haber quedado varado en la nostalgia.

El hecho es que hemos estado abiertos durante estos años a una revolución tecnológica formidable, y nos corresponde reconocer, no ya privadamente sino como sociedad, las oportunidades que ella nos presenta, desarrollando además un escuchar atento a los quiebres y oportunidades de microcambio que ofrece la vida cotidiana. Pero las oportunidades, aunque emanan de la interacción con herramientas que la acción necesariamente conlleva, no son cosas. Tampoco son "hechos" neutros, cuya identificación caiga del lado de la ciencia positiva. Las oportunidades, recordémoslo, surgen en los quiebres que hacen explícitos los trasfondos de obiedad. Pero la ciencia positiva se mueve en el ámbito de la *Vorhandenheit*, y es en cuanto tal, necesariamente ciega para las presuposiciones, los prejuicios que le son inherentes. Por lo tanto, si se le otorga el privilegio de identificar oportunidades y de legitimar un diseño de lo social, la empresa resultante, potenciada por la tecnología, por más que se envuelva en una retórica modernizante, no hará más que dejar estampado en el cuerpo social la grafía atroz de sus prejuicios: éstos, a fuerza de ser ignorados, reaparecen bajo la guisa de estructuras sociales rígidas y aberrantes.

¹⁴ Es aquí, en el traslado del fondo de la actividad económica desde los grandes conglomerados hacia organizaciones más reducidas y aptas para manejar el cambio tecnológico acelerado, donde se ubica a nuestro juicio el quiebre que afecta al paradigma de la "teoría de las decisiones" en las *management sciences*. En efecto, el positivismo, en cualquiera de sus variedades, parece ser el pensamiento "orgánico" de las burocracias, como expresión de la separación real que existe entre ellas y su entorno, la cual las pone en la posición de "sujetos" ante un mundo objetivo con el cual establecen intercambios altamente formalizados. Las organizaciones pequeñas que manejan alta tecnología, en cambio, están-en-el-mundo, expuestas a sus quiebres permanentes. En ellas el *management* adquiere el aspecto de una administración continua de la crisis.

Si se quiere eludir las consecuencias catastróficas de *las modestas proposiciones*¹⁵ que suelen hacer ciertos modernizadores de esta plaza, es fuerza admitir que la verdad respecto a nuestras oportunidades y proyectos como sociedad no se produce en el gabinete de los sabios ni en las fórmulas de una *regina scientiae*, como la ciencia económica de nuestros días. Por el contrario, la verdad de nuestro ser como sociedad está a la espera de ser producida, y reproducida constantemente, en una conversación colectiva, un debate continuo en el cual se trata fundamentalmente de proyectos, creencias y valores. Por cierto, siempre hay un momento en el cual decantan determinados consensos, y en que la fluidez de lo social cristaliza en configuraciones determinadas, y hay entonces "hechos" para consumo de las ciencias sociales. Pero la tarea de lo que, siguiendo a Flores, podríamos llamar un "diseño ontológico"¹⁶ de lo social, sería un crear un marco en el cual la fluidez, como condición de apertura a la innovación y la oportunidad, sea siempre restablecida.

ANEXO

¿Qué es El Coordinador?

Ciertamente es consustancial a la concepción neoheideggeriana del lenguaje de Fernando Flores el que éste no pueda ser reducido a ningún modelo formal. Sin embargo, una vez que se ha reconocido este hecho, y se han dejado atrás las expectativas ideológicas implícitas en la noción de Inteligencia Artificial, resta un amplio campo para la construcción de herramientas compu-

¹⁵ La alusión es a un cuento de Jonathan Swift (Una Modesta Proposición), sátira despiadada del racionalismo salvaje. Fue publicado recientemente, en traducción de Pablo Oyarzún, por *Revista Universitaria* (Nº 21, Segunda Entrega, 1987).

¹⁶ "En el diseño ontológico estamos haciendo más que preguntar qué puede ser construido. Estamos comprometiéndonos en un discurso filosófico acerca del ser —acerca de lo que somos y lo que podemos ser—. Las herramientas son fundamentales para la acción, y a través de nuestras acciones generamos el mundo. La transformación que nos preocupa no es de tipo técnico, sino una evolución continua en nuestra comprensión de nuestro entorno y de nosotros mismos, de cómo continuamos deviniendo los seres que somos". "Understanding Computers...", *op. cit.*, pág. 179.

tacionales que apoyen a los *managers* y demás trabajadores de oficina en la gestión de sus conversaciones para la acción.

El Coordinador es precisamente una de tales herramientas. Está diseñado para operar en un ambiente de red (computadores personales interconectados, sea al interior de un mismo edificio, o remotamente por vía telefónica). Originalmente, fue desarrollado para computadores IBM PC (o PS/2) y compatibles. Una versión Macintosh estaría en camino.

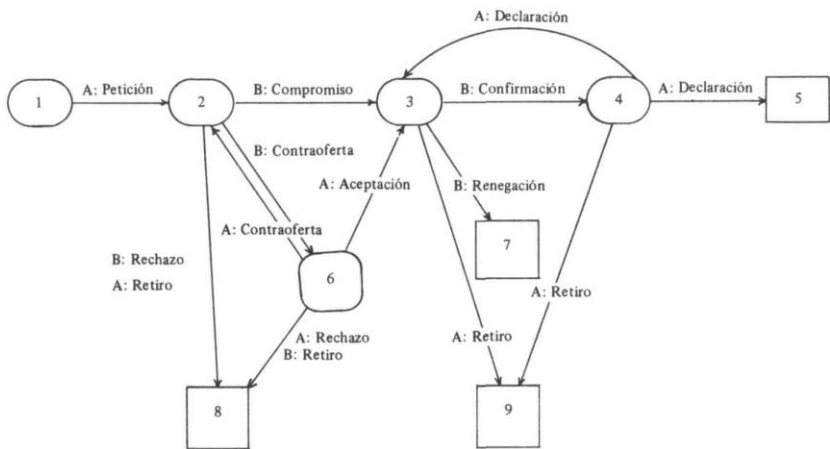
En principio, podría decirse que El Coordinador es un programa de correo electrónico. Lo es, en el sentido de que permite que los usuarios de la red conversen, intercambiando electrónicamente mensajes, "memos", prescindiendo del papel y del estafeta, y con la ventaja, respecto al teléfono, de la mayor precisión propia de la escritura en relación al lenguaje oral.

Pero además El Coordinador contiene la taxonomía de las conversaciones para la acción desarrollada por Flores. De esta manera puede dotar de una estructura —cuyos elementos principales son demandas y compromisos— a las conversaciones que se suceden al interior de la red. En la medida en que tales conversaciones para la acción son el elemento fundamental del trabajo de los *managers*, la gestión eficiente de demandas y compromisos posibilitada por El Coordinador debiera repercutir favorablemente en la productividad global del trabajo de oficina.

El Coordinador permite mantener, en cada computador personal conectado a la red, una base de datos de conversaciones, en la cual ellas aparecen ligadas entre sí, de acuerdo con sus estructura interna, y no en un orden meramente convencional como en los sistemas de correo electrónico ordinarios. Al usar El Coordinador se nos hace presente en la pantalla del computador el estado de los compromisos y peticiones que se han ido generando a través de nuestras conversaciones. Además, para el programa los mensajes no existen aisladamente, sino formando parte de cadenas conversacionales. Cada uno de sus eslabones corresponde a un movimiento determinado en la estructura conversacional de Flores (ver Figura), y define, a su vez, el espacio de movimientos que son posibles en la continuación de la conversación. En cualquier instante, por último, podremos revisar el estado de nuestros compromisos y conversaciones, sea en general, o en relación con un asunto determinado, o con ciertos interlocutores.

Figura N° 1

Estructura de las conversaciones para la acción
incorporada a El Coordinador



Fuente: Understanding Computers and Cognition, *op. cit.* □